

Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

Los maestros (6)

Thomas Coffeen Subl

**M**IS INDAGACIONES EN pro de estos Apuntes me condujeron, esta semana, a Tlaquepaque, a ese antiguo pueblo indio cuyo tianquis motivó —entre otras causas— que Guadalajara quedara, finalmente, en este valle de Atemajac. Y en ese San Pedro, cada día más bonito, con sus callejuelas estrechas, de nobles muros que aun recuerdan a la villa vacacional de tapatíos pudientes del Porfiriato, de yedras que se abrazan a la piedra, de adoquines, de rejas ventaneras antañosas, de refinado sabor provinciano —perdido en esta capital—, ahí encontré, en una casa de largos corredores pletóricos de macetas de la más intensa policromía, al maestro Coffeen.

Me recibieron su conocidísima piocha blanca, inmaculado paliacate rojo en el cuello y el resto del atuendo, como los cabellos: blanco.

Pasamos al fondo, al estudio dividido en dos partes, atiborradas de cuadros —más grandes que pequeños—; tres lienzos esperaban la mano sabia que concluiría su ornato: el primero, con una africana —o platanillo — más rubicunda que el sol; el segundo, con un par de geranios semidesmayados en la blancura de la tela, aun sin tocar; y el tercero, con la puerta pueblerina de la casa del pintor, tras un primer plano en que se apreciaba el árbol de siempre, en la banqueta de siempre.

Y esto fue lo más interesante: descubrir al Coffeen de siempre en sus trabajos de ahora: la misma apreciación óptica, el mismo audaz colorido, el mismo trazo seguro, la misma sensibilidad en idéntico, agresivo expresionismo.

Coffeen nació en South Bend, en el Estado de Indiana, el mismo año en que, en México, se levantó Madero: 1910. Como en todos los casos que hemos estudiado, también en él su vocación despertó temprano y supo que quería dedicarse a la pintura cuando todavía estaba en cuarto año de Primaria. Sus primeros estudios profesionales los realizó en la Escuela de Bellas Artes, de San Francisco, Calif.; los continuó, en 1948, en la Escuela de Bellas Artes, que a la sazón dirigía el Lic. Zuno; y los concluyó en la Escuela de Artes Plásticas, de nuestra Universidad.

Entre sus primeros maestros jaliscienses estuvieron Mora Gálvez y Alfonso Mario Medina. Después, Jorge Martínez. Coffeen se acuerda muy bien del primer cuadro que vendió, recién llegado a Guadalajara merced a una Beca cuyos cheques a veces se retrasaban, produciéndole angustias y hambrunas muy conocidas por los becarios del mundo entero. En una de aquellas ocasiones, estando muy recién desempacado —en 1948—, Arturo Rivas Sáinz le compró un cuadro que hasta el día de hoy pende en una pared de la sala: una mujer, de espaldas al espectador, contempla los vacíos cristales de un enorme ventanal. Es todo: El fondo es azul cobalto; la mujer viste de rojo y en algún lado, el amarillo brota con intensidad. Las líneas son de una simplicidad magistral. La habitación carece de mobiliario y sólo el piso, con su cuadrícula de elemental geometría, complementa la geometría rectangular de la ventana. Este fue su primer cuadro; y los últimos que vi en su estudio, sorprenden por la fidelidad del pintor consigo mismo. Así como Mata ha sido, de todos mis entrevistados, el más inquieto, el buscador de técnicas, el aventurero en constantes descubrimientos técnicos y expresivos, Coffeen ha sido el más idéntico a sí mismo en temas, colores, trazos y expresiones.

Su influencia más marcada es, dice el maestro: Cézanne; y junto a él, Venturi. A mí me parece el representante más legítimo de **Les Fauves**, en estas tierras de luces y colores fauvistas, casi siempre tamizados con cautela, por los artistas nativos. Dice H. L. C. Jaffé, del grupo de **Las Fieras**:

Es común en todos ellos el detalle de aplicar colores brillantes y puros hasta las consecuencias más audaces: al lado de un rojo llamativo ponen un ardoroso verde, amarillo jugoso y azul intenso. Los colores se presentan en contrastes tan fuertes que sus presentaciones amenazan con estallar en su energía. El color triunfa sobre los objetos; un dinamismo turbulento se presenta en lugar del arte paisajístico tranquilo e ingenuo, como fue practicado por los seguidores del impresionismo. En lugar de copiar los objetos, los "Fauves" se apoderaron de ellos y los empaparon de corrientes de colores.

Estas características se aplican, sin forzamiento de ninguna clase, a las pinturas —paisajísticas o no— de Coffeen. Se suavizan notablemente en los panoramas de Rogowo; pueblito polaco donde nació la madre del pintor, en cuyo honor el artista pintó una abundante serie. Rogowo duerme en el fondo de un valle cerrado por elevadas cordilleras. Los planos se geometrizan en mil aristas con calidad de hielo o vidrio; Rogowo, agazapado al fondo, apenas se percibe en tenues baños de gamuza gris y beige, los que, apenas teñidos por rosas y carnes



Proyecto para Vitrai. Original del Maestro Coffeen.

## Breves Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco (XXXIII)

—salmón muy tenue— se deslizan entre nieblas montañosa abajo. Luces y tintes son de otras latitudes menos intensas; menos luminosas, menos tropicales; su magia es más etérea y sutil.

En camio, la Barranca de Huentitán, la bienamada por tantos artistas e intelectuales nuestros que a su vera han construido su morada, se cubre, en los óleos de Coffeen, de lilas y de morados, cobaltos, oros y fuegos que no se avergüenzan de serlo, ni intentan disimularlo. El dibujo

es de líneas gruesas, bien definidas, descaradas y francas, pero firmes, como trazadas con pulso de cirujano. Coffeen reconoce que México ha influido en él de manera decisiva, pero también es consciente de la carga psíquica que cada matiz tiene en todo pintor, aun cuando en el espectador el signo pueda ser contrario. Y el rojo lo bebió desde pequeño.

México aparece en Toro, lienzo en que el coso taurino es amarillo-amarillo, sin matizar, y enorme; casi todo el